

POR LAS SELVAS DE CHIAPAS EN BUSCA DEL LACANDÓN. ESTUDIO ANTROPOLÓGICO Y ETNOHISTÓRICO

TOMÉ MARTÍN, Pedro

Introducción

La presencia de abulenses fue una constante en la conquista y colonización de los territorios de lo que sería primero Nueva España y, posteriormente, México. No es difícil encontrarlos citados en los manuales de historia desde los primeros momentos de dicha empresa. Ese es el caso, por ejemplo, de Gil González Dávila y de Alonso Dávila Alvarado. El primero de ellos llegó por el Pacífico hasta el Istmo de Tehuantepec en fecha tan temprana como 1518. Aunque en la primera relación que Gil González Dávila envió a Carlos I para darle cuenta de sus descubrimientos justificaba la política pacificadoras que había llevado a cabo con los indígenas de los lugares que hallaba (citaba, por ejemplo, la conversión de más de 32.000), existen otras versiones que hablan de comportamientos menos píos. El mismo Hernán Cortés se ve en la necesidad de denunciar ciertos abusos cometidos por la expedición del abulense al comunicar a Carlos V lo siguiente: "Cuando a aquel puerto llegué, y supe de aquellos españoles que habían venido de Naco, que los naturales de aquel pueblo y de los otros a él comarcanos estaban todos alborotados y fuera de sus casas por las sierras y montes, que no se querían asegurar, aunque había hablado a algunos de ellos, por el temor que tenían de los daños que habían recibido de la gente que Gil González y Cristóbal de Olid llevaron." (Cortés, 1986, 392)

Alonso Dávila Alvarado, por su parte, fue "capitán de la Guardia de Hernán Cortés: con el embió al Emperador vn gran presete, y a darle

cuenta del efecto de las conquistas: Fue el que descubrió el golfo dulce, hizole el Emperador muchas mercedes." (González Dávila, 1646.201) Ciertamente no parece haber duda de la consideración en que Cortés tenía al abulenses. De hecho, éste regresó a la Península Ibérica con el cometido de hacer llegar al Emperador la primera de las Cartas-Relación que le envió en el transcurso de seis años (1519, 1520, 1522, 1524 y 1526). Desgraciadamente, poco es lo que se sabe acerca del contenido de dicha carta ya que ésta nunca arribó a su destino. Es posible que Cortés pretendiera en la misma justificarse ante el monarca por la decisión de autonombrarse Capitán General para finalizar con la tiranía y los desmanes del cuellarano Diego de Velázquez. Esto explicaría, según algunas hipótesis, que dicha carta nunca se hubiera encontrado: algún bienintencionado partidario de Cortés en el Consejo de Indias debió hacerla desaparecer nada más tomar tierra el abulense con el objeto de que no se conociera el "comunero" contenido, pues no eran tiempos tan buenos para tales ideas como cuando Cortés partió hacia América. No obstante, otros autores citan como motivo de la pérdida de la carta el enfrentamiento que tuvo Alonso de Ávila en pleno mar con el pirata francés Jean Florin. Una tercera hipótesis postula que Cortés escribió simultáneamente dos cartas de contenido similar: una reservada, la perdida, y otra comunitaria que habitualmente la sustituye y que es sobradamente conocida (*Carta de la justicia y Regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz a la Reina Doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo, en 10 de julio de 1519.*) (Cortés, 1986.39ss)

En todo caso, la relevancia histórica de unos personajes u otros, incluyendo los más numerosos que nunca aparecen citados, se halla en función del objeto que de ellos se pretenda. Así, para los antropólogos, tal vez, el abulense más notorio que participó en la contienda aludida sea Alonso Dávila "contador del lucatan, en el principio de fu conquista" (González Dávila, 1646. 200) y, sobre todo, el primer español en toparse con los lacandones.

La expedición de Alonso Dávila

Possiblemente los lacandones sean los indígenas más estudiados de Chiapas (Méjico). Possiblemente, también, sean los más desconocidos. Durante casi trescientos años, el término 'lacandón' fue utilizado por los españoles para referirse a cualquier grupo indígena que no hubiese aceptado someterse y que hubiera huido hacia el interior de la selva chiapaneca. El sólo nombre de estos grupos provocaba el terror en los pueblos de paz que los españoles habían fundado durante los primeros años de la colonización en los Altos de Chiapas. Paulatinamente el mito del lacandón, un pueblo guerrero, tan numeroso como fiero e indomable que, además, practicaba el canibalismo, fue constru-

yéndose en la mente de españoles e indígenas. Y, sin embargo, es más que posible que tal fiereza no fuera más que un mito elaborado para justificar la penetración hispana en ciertos territorios pretendidamente salvajes.

El primer intento serio de entrar en la selva del Lacandón se realizó por parte de Pedro de Alvarado en 1525. Tal pretensión, como la de otras muchas que le seguirían durante varias décadas se vería, no obstante, condenada al fracaso. Hubo que esperar, de hecho, cinco años más para que un grupo español se topara frente a frente con un grupo lacandón. Este grupo, compuesto por unos ochenta hombres iba comandado por el abulense Alonso Dávila, capitán del adelantado de Yucatán Francisco de Montejo¹. Como consecuencia de una enfermedad, el salmantino Francisco de Montejo se había visto en la necesidad de colocar a su capitán Alonso Dávila al frente de la expedición que pretendía hallar un camino que permitiese ocupar la provincia de Acalán para abordar desde ésta el asalto definitivo a la península del Yucatán.

El origen de esta expedición se encuentra en una conversación mantenida entre Montejo y el gobernador de Chiapas Juan Enríquez Guzmán. Aunque existía un pleito entre ellos acerca de las delimitaciones exactas de sus respectivos dominios, ambos decidieron unir sus fuerzas para controlar mejor los lugares indómitos que lindaban con sus gobernaciones. A tal efecto se reunieron en la frontera de las mismas, entre Tabasco y Chiapas, decidiendo prestarse ayuda mutua (vid mapa 1). El gobernador de Chiapas ofreció a Montejo todo tipo de ayuda (armas, víveres, y guías) si se decidía a llegar hasta Acalán a través de la selva chiapaneca. En principio, los españoles no tenían motivos para creer que el viaje iba a presentar especiales riesgos, sobre todo teniendo en cuenta que la provincia de Chiapa había sido pacificada por Diego de Mazariegos, predecesor de Juan Enríquez de Guzmán. Tras la conquista militar de los lugares más importantes de Los Altos de Chiapas –en especial Chiapa de los Indios, Zinacantán o Chamula– muchos de los grupos indígenas de la zona fronteriza con la selva decidieron no enfrentarse a los españoles. Esto fue interpretado por los mismos como un signo de victoria y de sumisión de los grupos indígenas. La interpretación se vio notablemente alterada cuando se pretendió que estos mismos grupos indígenas aparentemente pacificados pagasen los correspondientes impuestos. Con respecto al territorio selvático prácticamente no se conocía nada. La invitación de Guzmán perseguía, por tanto, un doble motivo: permitir el paso de Montejo hacia Yucatán y lograr la pacificación de las tierras insumisas de su propia gobernación.

¹ El relato de la misma puede seguirse en Fernández de Oviedo (1959), L. XXXII. Capítulo IV, especialmente págs. 406 y ss.

MAPA 1
Selva Lacandona
(Modificado a partir de Leyva-Ascensio)



Lo que realmente ocurrió después aparece narrado por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, a quien contó la historia Alonso de Luján, compañero de Dávila en la expedición. La capital chiapaneca, Ciudad Real de Chiapas (la actual San Cristóbal de las Casas), fue el punto de partida de la expedición. Miembros de grupos indígenas pacificados sirvieron de guía durante los primeros tramos del camino. Sin embargo, avanzadas treinta leguas, éstos regresaron pretextando el desconocimiento de la lengua y la región².

El grupo español decidió proseguir adentrándose en la selva. De forma totalmente inesperada, tras varios días de penalidades, el grupo se encontró con una gran laguna en cuyo seno podía divisarse una isla rocosa. La descripción que hace Fernández de Oviedo de la laguna que los españoles hallaron se corresponde con la que hoy se conoce como laguna Miramar y que, antaño, fue llamada laguna del Lacandón³. En medio de la espesura y el calor tropical, Alonso Dávila no mostró el más mínimo interés en colonizar a una pequeña tribu compuesta por "hasta sesenta casas de indios ricos y tratantes y de guerra" que se hallaban a un tiro de ballesta. "El primer encuentro entre lacandones y españoles fue una decepción para ambas partes. Los nativos, en el caso de que hubieran pensado que los visitantes vinieran con intenciones pacíficas, se convencieron pronto de lo contrario, cuando los conquistadores atacaron sin requerimiento previo su ciudad isleña. En cuanto a los españoles no encontraron entre el botín de guerra los tesoros de oro que habían soñado robar a los indios" (De Vos, 1996. 50). La mayor parte de las pertenencias de los indígenas habían sido recogidas por éstos con el tiempo justo de poder huir hacia la otra parte de la isla mientras Alonso Dávila construía una balsa con la que acceder hasta la misma. En el primer viaje de la improvisada embarcación, Dávila llevó varios caballos que irrum-

² Es posible que el pretexto se adecuara a la realidad. Aunque Fernández de Oviedo no menciona excesivos topónimos en su relación, a tenor de la dirección emprendida y de la distancia transcurrida el grupo podría hallarse en los Llanos de Comitán. De ser así, podría explicarse la actitud de los indios ya que en esa zona existía una clara frontera lingüística. En concreto en Comitán se hablaba durante el siglo XVI el tzeltal, lengua que posiblemente coincidiera con la materna de los guías. Sin embargo, cuatro leguas al norte, en la zona de Pantla, la lengua dominante era el tojolabal que, posiblemente, era desconocida por dichos guías. A propósito puede verse (Calnek, 1970. 111).

³ En realidad, el nombre que los indígenas daban a la isla era el de Lacam-Tum, "que quiere decir Gran Peñón" (De Vos, 1996. 15). La castellanización del mismo generó el término 'Lacandón' con el que los españoles conocieron a los habitantes de la isla, en primera instancia, y, posteriormente, a todos los de la selva. Según Fernández de Oviedo, la isla tenía aproximadamente diez o doce leguas de circunferencia (Fernández Oviedo, 1959.401). Según los mapas oficiales de la Secretaría de la Defensa Nacional de México, la actual laguna de Miramar, antes del Lacandón, tiene una circunferencia aproximada de 25 kilómetros.

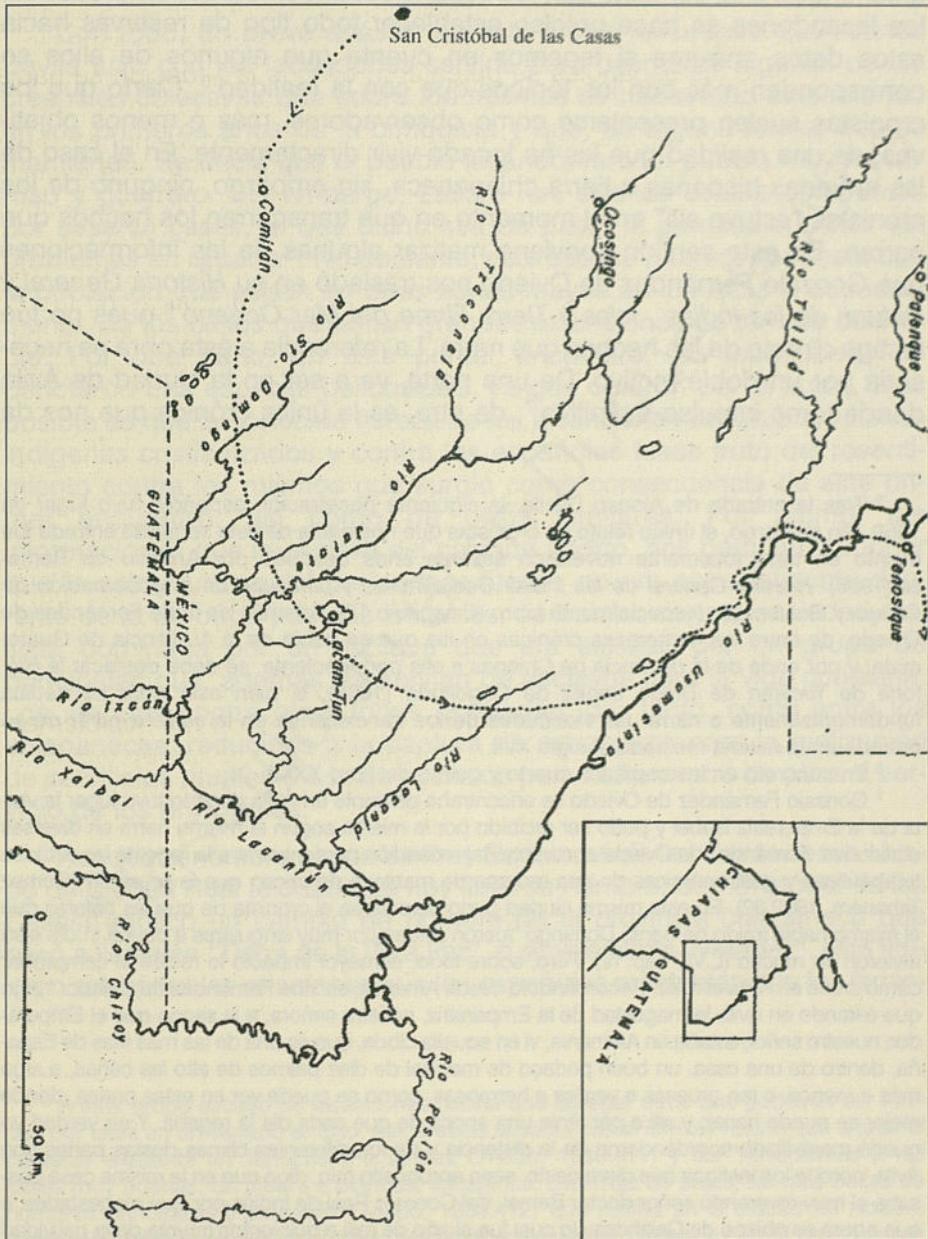
pieron conducidos por sus jinetes en una asamblea que los indios estaban celebrando para decidir qué hacer ante la llegada de los conquistadores. Según cuenta Alonso Luján a Fernández de Oviedo, la visión de los animales provocó más pánico y desconcierto entre los indios que la de los propios conquistadores. Sin embargo, mientras la balsa volvía a tierra a por refuerzos que permitieran dominar rápida y fácilmente a los isleños, éstos se hicieron al agua en sus canoas ganando la orilla opuesta de la laguna. Pronto los españoles se percataron de que la situación se había invertido totalmente: mientras ellos tomaban posesión de la isla, los indios se encontraban ya seguros en tierra firme. La huida se realizó con tal presencia que los españoles solamente pudieron detener a una vieja esclava del cacique. La misma contó a Alonso Dávila que el líder de los insulinos había transportado en su huida doce cargas de oro. Tal aseveración despertó la codicia entre los soldados españoles. Dávila inició una rápida batida de las orillas guiado por la propia esclava. Sin embargo, no fueron capaces de darle alcance, ni a él ni a su fabuloso tesoro. No obstante, hay que señalar que los esfuerzos del abulense se hubieran visto recompensados si éste hubiera sabido mirar con los ojos de los indios. En plena batida, el grupo de Alonso Dávila se topó con un pequeño grupúsculo indígena. En cuanto éstos vieron que los españoles se acercaban a la orilla arrojaron todo lo que llevaban en sus manos y se refugiaron en la selva. Lo que este grupo transportaba era el bien máspreciado para cualquier lacandón: un conjunto de plumas de quetzal. Ignoramos qué hubiera podido pasar si los lacandones hubieran visto a Alonso Dávila tomando posesión de sus símbolos. Sin embargo, tras capturar algunos indios que se comprometieron a enseñarle el camino de Acalán, Alonso Dávila retomó un paso lleno de ciénagas y pantanos que después de más de treinta selváticas leguas le condujeron a un caudaloso río, posiblemente el Usumacinta, donde pudieron reabastecerse. El camino prosiguió río abajo, y tras salvar milagrosamente una complicada y peligrosa zona de rápidos, encontraron aguas más tranquilas que les permitieron llegar al poblado chontal de Tanoche (hoy Tenosique)⁴. Tampoco este poblado debió servir para que los sedientos de botín calmaran su sed: cuando los españoles llegaron hasta este lugar, las aproximadamente cien casas que lo configuraban estaban totalmente vacías, ya que sus habitantes se habían refugiado en la selva. Desde allí, el grupo español comandado por Alonso Dávila continuó travesía hacia la provincia de Acalán, en la que entraron tras cruzar el río de San Pedro Mártir (vid mapa 2).

⁴ Según Fernández de Oviedo, para salvar las aguas del peligroso Usumacinta, los hombres de Dávila recurrieron a atar las canoas de dos en dos, de forma que los costados de las mismas se tocaseren. Una vez sujetadas, hacían subir a los caballos obligándoles a colocar las manos en una de las canoas y las patas traseras en la otra. (Fernández de Oviedo, 1959, 410).

MAPA 2

Expedición Alonso Dávila (1530)

San Cristóbal de las Casas



Los lacandones

Habitualmente tanto antropólogos como historiadores, hemos de servirnos de los datos que aportaron en su día los cronistas cuando pretendemos conocer el modo de vida de determinados grupos amerindios con anterioridad a su contacto con los españoles. Sin embargo, en el caso de los lacandones se hace preciso establecer todo tipo de reservas hacia estos datos, máxime si tenemos en cuenta que algunos de ellos se corresponden más con los tópicos que con la realidad⁵. Ciento que los cronistas suelen presentarse como observadores, más o menos objetivos, de una realidad que les ha tocado vivir directamente. En el caso de las entradas hispanas a tierra chiapaneca, sin embargo, ninguno de los cronistas "estuvo allí" en el momento en que transcurren los hechos que narran. En este sentido conviene matizar algunas de las informaciones que Gonzalo Fernández de Oviedo nos trasladó en su *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*⁶ pues no fue testigo directo de los hechos que narra. La referencia a esta obra es necesaria por un doble motivo. De una parte, va a ser en la ciudad de Ávila donde tome impulso definitivo⁷; de otra, es la única crónica que nos da

⁵ Tras la entrada de Alonso Dávila, la siguiente penetración española tuvo lugar en 1559. Sin embargo, el único relato de cronistas que nos habla de esta segunda entrada fue escrito en tono totalmente novelesco sesenta años después por Antonio de Remesal(1966): *Historia General de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, (especialmente Libro X, capítulo 12). Además de la de Fernández de Oviedo, de entre las numerosas crónicas en las que se habla de la Audiencia de Guatemala, y por ende de la provincia de Chiapas a ella perteneciente, se debe destacar la *Historia de Yucatán* de Diego López de Cogolludo (1688), si bien esta obra se dedica fundamentalmente a narrar las vicisitudes de los franciscanos en la selva a partir de su entrada en la misma mediado el siglo XVII.

⁶ En concreto en los capítulos cuarto y quinto del libro XXXII.

⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo se encontraba presente en Ávila cuando tuvo lugar la visita de la Emperatriz Isabel y pudo ser recibido por la misma según el mismo narra en diversas ocasiones. Fernández de Oviedo aprovechó tal recepción para mostrar a la regente las virtudes terapeúticas y gastronómicas de una redoma de manteca de cacao que le presentó (Gómez Tabanera, 1992.32). En esta misma ciudad pudo percibirse el cronista de que las batatas que él mismo había traído de Santo Domingo "fueron ávidas por muy singulares e buena fructa e se tuvieron en mucho"(L.VII, cap. IV). Pero, sobre todo, el mayor impacto lo recibe al comprobar cómo crece en Ávila el maíz. Recordándolo desde América, escribe Fernández de Oviedo: " digo que estando en Ávila la magestad de la Emperatriz, nuestra señora, a la saçon que el Emperador, nuestro señor, estaba en Alemania, vi en aquella cibda, que es una de las más frías de España, dentro de una casa, un buen pedaço de mahizal de diez palmos de alto las cañas, e algo más e menos, e tan gruesas e verdes e hermosas, como se puede ver en estas partes, donde mejor se puede hacer; y allí a par tenía una anoria de que cada día le regaba. Y en verdad yo quedé maravillado accordándome de la distancia y de los diferentes climas destas partes con Ávila, porque los testigos que diere desto, sean aproposito mío, digo que en la misma casa posaba el muy reverendo señor doctor Bernal, del Consejo Real de Indias por Sus magestades, e que agora es obispo de Calahorra, lo cual fue el año de mill e quinientos treynta de la natividad de Christo, Nuestro Redemptor" (L. VII, cap. I. (Cit. por Gómez Tabanera, 1992.33)

noticia de la expedición de Alonso Dávila a través de las selvas chiapanecas. No obstante, hay que hacer notar que Alonso Luján era un soldado y, por tanto, al narrar a Fernández de Oviedo las vicisitudes que vivieron en la Selva Lacandona cuenta fundamentalmente los aspectos relevantes para el militar, no para el etnógrafo.

Con todo, un breve análisis de este primer encuentro que Alonso Dávila tuvo con los lacandones serviría para desmentir algunas de las creencias colectivas que sobre los mismos se habían ido extendiendo en los primeros años de la conquista y que, de alguna forma, aún se mantienen. Se decía que el pueblo lacandón era un pueblo muy numeroso y guerrero. Sin embargo, Lacam-Tun, apenas estaba compuesto por sesenta casas, lo que dicho sea de paso, le permitía subsistir sin problemas en la selva⁸. No obstante, este escaso número contrasta con la población que existía en otras zonas mayas de los Altos y, especialmente, de los bajíos que tenían grandes extensiones de terreno cultivable. Por otra parte, en este primer encuentro, los lacandones no denotaron una especial belicosidad, ya que optaron por la huida. Más posible es que la conocida fiereza de los lacandones contra sus vecinos indígenas cristianizados y contra los españoles fuese fruto del resentimiento contra los mismos que surgió como consecuencia de este primer encuentro, así como de otros similares. Por último, las informaciones que la esclava del cacique aportó, nos permiten suponer que la estructura social de los lacandones no era especialmente diferente de la de otros pueblos limítrofes: se trataba de una sociedad clásica dominada por un cacique que era asistido por un grupo de principales que, además, se servían de esclavos para la vida cotidiana. Los ataques contra otras tribus quedarían, por tanto, como entre los chiapanecas, reducidos a la captura de extranjeros para la realización de sacrificios rituales o a la de esclavos para hallar mano de obra al servicio de los principales.

Aunque el nombramiento de Fray Bartolomé de las Casas como obispo de Ciudad Real (ciudad que hoy lleva su nombre, San Cristóbal de las Casas) implicó un cambio de nombre de la provincia chiapaneca que pasó a llamarse "Tierra de la Vera Paz", o simplemente "Verapaz", este título no rezó para las relaciones que los españoles mantenían con los lacan-

⁸ A este grupo escaso de lacandones habría que agregar otros que pudieran ser tenidos por tales en un sentido amplio. Así, a estas sesenta casas isleñas habría que añadir el centenar existente en Tanoche (Fernández Oviedo, 1959.411) y las "novecientas o mil casas muy buenas, de piedra e blancas, encaladas, cubiertas de pajas, las más dellas de hombres principales" (Fernández Oviedo, 1959.412) que habría en la ciudad de Acalán. Todas ellas debieran sumarse al millar existente en Mazatlán y a las ocho mil de Champotón (Fernández de Oviedo, 1959.414).

dones⁹. La imposibilidad dominica de reducirlos hizo que solicitaran al rey un cambio de política evangelizadora, hasta el punto de que éste autorizó la guerra contra los indios infieles de Lacandón¹⁰ en 1558.

Hacia el año 1570 prácticamente todas las comunidades indígenas de la selva, con excepción de los lacandones, estaban viviendo bajo la dominación española como consecuencia de la labor evangelizadora de Fray Pedro de Lorenzo¹¹.

Aunque no se puede decir que hubiera habido convivencia, la conti-

⁹ En pureza, habría que decir que la influencia de Las Casas en la vida cotidiana chiapaneca apenas se dejó notar. Su reconocido intento de poner en vigor las Leyes Nuevas de 1542 y, especialmente, su posición extremista poco dada a la flexibilidad para lograr que los indios no fueran tratados como esclavos sino como vasallos de la corona con igualdad de derechos, chocó frontalmente con las costumbres que los españoles habían asentado en aquella tierra y sólo le granjeó enemigos en su diócesis. Es más, su segunda estancia en la capital de la misma, en 1546, se saldó con una brusca huida hacia México y, posteriormente, a España, que le evitó ser muerto por sus diocesanos.

¹⁰ Cabe reseñar, no obstante, que el cambio de política no tuvo mejores resultados: "al contrario, dio golpe de gracia al ideal lascasiano de la conquista pacífica. Las dos incursiones punitivas <de 1559> del cacique cristiano de Tezulutlán, llevadas a cabo con la tácita aprobación de religiosos y oidores, destruyeron la buena fama que hasta entonces el experimento de la 'Verdadera Paz' había tenido en España y América. Y la entrada armada de Chiapas, organizada por los colonos españoles con el apoyo financiero y militar de las autoridades civiles y con la bendición de las autoridades eclesiásticas, consumaron de hecho la ruptura con los métodos de atracción pacífica hasta entonces utilizados. Las armas de los soldados habían reemplazado a los sermones de los frailes. La utopía de la conquista pacífica de la 'Tierra de la Guerra' no había durado más de diez o quince años."(De Vos, 1996.88).

¹¹ A pesar de que los dominicos habían efectuado varias entradas en la selva protegidos por el ejército, todas sus pretensiones habían fracasado. Presumiblemente, la visión de hombres armados provocaba en los indígenas todo tipo de rechazos. De hecho, cuando Fray Pedro Lorenzo, desobedeciendo las órdenes de sus superiores, se adentró el sólo en la selva a predicar obtuvo rápidamente éxito. Este éxito misional no fue reconocido, empero, por sus superiores quienes le despreciaron continuamente por haber roto el voto de la obediencia. Es más, el desprecio de la jerarquía religiosa, incluida la de su propia orden, por su labor misional fue tal, que rehusó incorporar a sus dominio los pueblos chol de Palenque, Tumbalá y Tila que se habían convertido al cristianismo como consecuencia de la acción de Fray Pedro. Conocemos las andanzas de Fray Pedro gracias a Tomás de la Torre (*Historia de la Venida de los Religiosos a la Provincia de Chiapa*), A. Remesal (*Historia General de las Indias Occidentales y en particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*), Agustín Cano (*Relación de la reducción y conversión de los indios Choles, Mopanes, Lacandones e Itzáes*) y Francisco Ximénez (*Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*). "De los cuatro cronistas dominicos mencionados el más valioso es sin duda alguna Tomás de la Torre, por ser testigo contemporáneo a los hechos y además por dar su opinión sobre el trabajo de Fray Pedro, en calidad de su superior religioso. Antonio de Remesal sigue muy de cerca la relación de Tomás de la Torre, cediendo a veces a la tentación de dramatizar los datos, como es su costumbre; Agustín Cano plagia a Remesal y Francisco Ximénez transcribe a Tomás de la Torre (De Vos, 1996. 90).

nua captura de algún lacandón, así como las entradas en su territorio, hicieron que hacia finales del siglo XVI hubiera ya información etnográfica acerca del modo de vida de aquellos grupos indígenas que fueron conocidos con el nombre de lacandones. La isla de Lacam-Tun que atacara en 1530 Alonso Dávila parece haber sido un centro religioso y político de estos grupos. Sus viviendas eran de buena construcción, siendo de mayor altura aquellas que servían de habitación para los principales. El templo se encontraba en el centro de una plaza y en él se producían los sacrificios rituales de los prisioneros y/o extranjeros que apresaban que, no obstante, eran tratados obsequiosamente hasta el día del sacrificio. Parece ser que tales sacrificios consistían en una serie de mutilaciones que incluían la extracción del corazón¹². Por cierto, que este rito de extracción del corazón estaba muy extendido en la época en que los españoles llegaron a Chiapas entre todos los grupos mayas y se sabe de cierto que los chiapanecas, al igual que los lacandones, llegaron a hacer sacrificios rituales de niños en los caminos por donde iban a entrar los españoles con el objeto de protegerlos mágicamente.

La mayor parte de los datos etnográficos confirmados que tenemos acerca de los lacandones son de finales del siglo XVII, justamente antes de su desaparición. Por tanto, es razonable pensar que pudieran haber introducido cambios en su modo de vida con respecto al que mantenían cuando se toparon con Alonso Dávila. De hecho, hacia 1695, los lacandones vivían en tres núcleos de población a los que se habían ido retirando tras las sucesivas incursiones bélicas enemigas: Sac-Bahlán, que actuaba como cabecera, Petá y Map, satélites del anterior. Este modelo de asentamiento no parece responder al tradicional, por lo que hay que suponer que es fruto de una situación de emergencia como consecuencia de la situación creada por las incursiones tanto de los petenaces como de los españoles. Por otra parte, las casas que los españoles que llegaron a Sac-Bahlán en 1695 vieron que eran nuevas pues un incendio había destruido la totalidad del pueblo el año anterior. Estas moradas tenían amplias habitaciones en las que dormían acostados en camas de madera y no en el suelo, como hacían otros pueblos. Además, la cocina se hallaba en un habitáculo separado del resto de la vivienda. Aunque no conocían ningún tipo de metal, utilizaban algunos instrumentos que lo contenían como fruto de intercambios con otros pueblos, en especial

¹² En 1586 una entrada de españoles hacia la laguna del lacandón se topó en el camino con el cadáver de un niño de unos cinco años que "... tenía abierto el pecho al través por medio y parecía haberle sacado por él el corazón, y tenía el pie derecho y los pies quemados y tres heridas en el dicho pie derecho a manera de lanzadas, y el brazo izquierdo todo descarnado de la muñeca al codo, las canillas fuera.." (documento del Archivo General del Gobierno de Guatemala, <A1.12.2-7011-333> mencionado por De Vos (1996, 343n))

machetes. Tenían, no obstante, una fina cerámica con acabados “muy finos”. A pesar de tener casas de cierta consistencia, el modo de vida era semi-sedentario: a lo largo del año se ausentaban durante un cierto tiempo para cuidar las milpas, los maizales, que se hallaban en lugares fértiles y separados de los poblados. Junto a las mismas, de hecho, llegaban a constituirse poblados ocasionales que los españoles denominaron milperías. La expedición española que exploró las cañadas existentes entre los ríos Negro y San Pedro encontró “sementeras de maíz, frijol y chile pero también existían cultivos de cacao, camote, piña, plátano y otras frutas más”(De Vos, 1996, 110). Esta descripción nos conduce inevitablemente a pensar que más que un pueblo eminentemente guerrero, el de los lacandones era un pueblo de agricultores.

La preeminencia de la agricultura no impedía la existencia de otras industrias básicas como la del tejido o del tintado. Por cierto, que esta última suscitó no pocos problemas a los lacandones en su relación con los españoles. Los lacandones tenían por costumbre tiznarse con un polvo negro que habitualmente utilizaban para teñir sus vestidos. Desde un primer momento la cristianización de los lacandones pacificados tuvo entre sus objetivos suprimir dicha práctica que a algunos parecía no sólo pagana sino hasta diabólica. Pero, así como los lacandones no ofrecieron especial resistencia a sustituir su símbolos por otros, se mostraron muy renuentes a dejar de tiznarse¹³. Dicha renuencia no tenía que ver, como los españoles creían, con el mantenimiento de un soterrado “paganismo” sino con actitudes prácticas de adaptación al entorno. Más que un adorno, el tizne era el instrumento que impedía que los cientos de mosquitos y zancudos que pueblan la selva les afectasen, como les ocurría a los conquistadores.

En todo caso, religión y política estaban íntimamente unidos para los lacandones de Sac-Bahlán en la medida en que la primera impregnaba todas las actividades comunitarias. Es más, entre los lacandones no existía propiamente sacerdocio, siendo los ritos religiosos desarrollados por los caciques. Los tres edificios en forma de “U” que constituían el centro ceremonial ocupaban la parte más elevada del pueblo. De estos edificios solamente el central era propiamente para culto, en tanto que los laterales servían como “casas de la comunidad” diferenciadas por sexos. En las ceremonias religiosas se adoraban tanto ídolos comunitarios o familiares,

¹³ En cierta ocasión en que los misioneros descubrieron a un grupo de lacandones tiznados y adorando a un ídolo, tras comprobar que éstos no querían renunciar a sus creencias les arrebataron el ídolo y lo destruyeron. En respuesta a este acto, los lacandones destruyeron una cruz situada en las proximidades del mismo lugar. En última instancia, lo que los lacandones interpretaban de este tipo de actos es que se pretendía sustituir unos ídolos por otros.

como otras fuerzas y elementos de la naturaleza que no necesariamente se concretaban en una imagen¹⁴.

De entre los ritos de *pasage* de carácter político-religioso que los lacandones celebraban hay que destacar especialmente el matrimonio y lo que pudiéramos llamar “bautismo”¹⁵. En el caso del “matrimonio”¹⁶ ocurría que un varón se dirigía a la casa de la que deseaba desposar. Si los padres se la ofrecían, permanecía durante un año en dicha casa conviviendo con ella como marido y trabajando para su padre. Pasado el año, si la prueba resulta infructuosa el varón podía ir a buscar a otra mujer. Si, por contra, la prueba fuera positiva se celebraba una unión en la que los desposados eran tiznados antes de que se produjera el intercambio de regalos. Éstos consistían en un banquillo pintado de colores por la propia novia y cinco granos de cacao que entregaba a su marido. Éste, por su parte, hacía entrega de una especie de enaguas nuevas y otros cinco granos de cacao. Una vez todo esto ocurrido, el cacique les unía las manos, les coloca un petate en medio de la casa y sentados allí iniciaban un gran banquete festivo.

Más complejo era el ritual de iniciación que equiparamos al bautismo. Al cumplir la mujer su quinto de mes de gestación, el marido abandonaba la vivienda retirándose a dormir a la casa de los ídolos y de la que sólo volvía cinco días después de que se hubiese producido el alumbramiento. Transcurridos veinte días del nacimiento se celebraba una fiesta comunitaria en la que una anciana cortaba parte del pelo del neonato para, a continuación, quemarlo con seis pedazos de ocote encendidos¹⁷. Después, los untaban con sangre de guajolote¹⁸ dirigiéndose al centro ceremonial

¹⁴ Por cierto, que a pesar de los cadáveres que ocasionalmente encontraban los españoles en los caminos, dejados seguramente allí ex profeso para protegerlos e impedir mágicamente la llegada enemiga, no existe ningún informe en el que se detallen rituales que comportaran sacrificios humanos. Todo lo más, aparecen numerosos ritos en los que se sacrifica un pavo, en lo que, tal vez, fuera una sustitución de algún sacrificio humano. En todo caso, la leyenda de que los lacandones eran un pueblo cruel y sanguinario que celebraba grandes sacrificios humanos se hallaba totalmente extendida entre las tribus vecinas. Dicha leyenda se sigue manteniendo viva aún hoy como pudimos comprobar en nuestro trabajo de campo entre los tzeltales de la Selva Lacandona.

¹⁵ Para estas descripciones seguimos libremente a De Vos (1996).

¹⁶ El concepto de ‘matrimonio’ resulta, evidentemente muy problemático por cuanto designa de forma unívoca un conjunto de realidades polívocas. Por lo mismo, hay que ser suficientemente conscientes de que instituciones que son descritas y agrupadas bajo un mismo concepto –como el de “matrimonio”– pueden poseer implicaciones sociales claramente diferenciadas. (Leach, 1971. 168) Es pues necesario utilizarlo, como hacemos en este caso, siendo conscientes de dichas limitaciones y de los posibles equívocos que genera.

¹⁷ El ocote (u *ocotl*) es una especie de pino muy resinoso que es utilizado habitualmente en Chiapas para iluminar las estancias o para encender la lumbre de la cocina.

¹⁸ Literalmente ‘gallina de tierra’. Es una especie de pavo muy abundante en las comunidades indígenas chiapanecas.

en el que, además de encender más ocote y copal¹⁹, el sacerdote mayor, esto es, el cacique del pueblo, prenombraba a la criatura mientras ésta era tiznada de negro y rojo por todo el cuerpo a la vez que la adornaban con una guirnalda de plumas de pequeñas guacamayas.

Como se ve, el poder de los caciques no sólo era político, sino también religioso. Cabe señalar, en este sentido, que la estructura sociopolítica lacandona no era equiparable a una monarquía o jefatura, sino más bien a una oligarquía de unos pocos principales: los jefes hereditarios de los ocho calpules que configuraban la comunidad.

En 1696 los lacandones fueron finalmente integrados por la fuerza en el sistema de vida colonial y evangelizados. En el transcurso de este proceso se celebró un gran auto de fe en el que los lacandones aceptaron la nueva religión después de ver cómo todos sus ídolos se quemaban y, sobre todo, después de comprobar la eficacia de las armas de los soldados que acompañaban a los evangelizadores.

Los lacandones hoy

Durante mucho tiempo los lacandones actuales han permanecido escondidos en su selva. Rara vez se les podía ver fuera de la misma. Si siempre se les había considerado temibles, pocos sabían que ellos pensaban que los dzules (los diablos y, por extensión, cualquier blanco) provocaban el exterminio de los lacandones con su sola presencia²⁰. Con el tiempo, este temor se ha ido disipando y, a la vez, el interés por los hombres blancos se ha acrecentado entre los lacandones. En parte, se podría aseverar que los recientes conflictos armados habidos en Chiapas han tenido como consecuencia indirecta una profundización en esa nueva actitud. Como consecuencia de los mismos, el ejército federal mexicano ha construido nuevas pistas y carreteras que le permiten una mejor movilidad de tropas. Dichas pistas no sólo han mejorado las comunicaciones, sino que han hecho que algunos turistas se acerquen hasta centros

¹⁹ El copal es una resina muy aromática que se utiliza a modo de incienso en prácticamente todos los templos, incluidos los maya-católicos. Aunque habitualmente la utilizada en las prácticas religiosas procede de un árbol denominado copal, este término se utiliza hoy día, por extensión, para referirse a cualquier tipo de resina. En ocasiones, esta resina es mascada como si fuera chicle.

²⁰ Esta creencia tenía un cierto basamento: los viajes al exterior de la selva, habitualmente a Palenque "habían sido dictados por razones de urgencia médica, y los pacientes -acompañados por algún pariente masculino- sentían que el traslado al hospital regional no podía menos de acelerar el desenlace final, puesto que toda incursión en el mundo de los dzules era considerada -por la mayoría de los lacandones- exponer al enfermo a la agresión de factores letales cuya consecuencia solía ser la muerte" (Marion, 1997. 36)

arqueológicos de indudable valor. Precisamente en las proximidades de uno de estos centros, Bonampak, se encuentra el mayor poblado lacandón: *Lacanjá Chenseyab*. Aunque algunos hombres de este pueblo esperan en las proximidades del centro arqueológico, a unos kilómetros del pueblo, para enseñarlo en silencio a los turistas, no es menos cierto, que las reservas hacia los blancos siguen siendo patentes²¹.

Los hombres siguen 'tirando a carne' (cazando), pero los arcos y flechas ya los reservan para los turistas 'gringos'. Las milpas, sin embargo, siguen siendo atendidas utilizando las técnicas seculares presentes en toda Centroamérica. Los habitantes de este pueblo, como los de Najá o los de Metzabok, mantienen un sistema de parentesco de filiación patri-lineal y asentamiento matrilocal. Y, sin embargo, los matrimonios con gentes de otros grupos comienzan a dejar de ser extraños²². El mestizaje, no obstante, es uno de los rasgos que definen a la nueva Selva Lacandona. Si cuando Alonso Dávila se adentró en la misma los grupos humanos eran diferenciados claramente desde el punto de vista lingüístico en particular y cultural en general, hoy día tal nitidez ha desaparecido totalmente. Las sucesivas colonizaciones de la selva en los años cuarenta, sesenta y setenta de nuestro siglo, en las que continuas oleadas de migrantes siguiendo el ejemplo del éxodo en busca de la tierra prometida (Leyva y Ascensio, 1996.132) se adentraban en la espesura en busca de tierra para cultivar, han convertido a la Lacandonia en un auténtico mosaico cultural: "sólo así resulta entendible que radiquen en la zona tabasqueños, veracruzanos, michoacanos, quintanarroenses, guerrerenses, campechanos, poblanos, defeños, durrangueses y mexiquenses. Y que en un recorrido de campo se encuentren personas cuya lengua materna puede ser el náhuatl, chontal, zapoteco, mixe, totonaco, mazateco o chinanteco. A lo anterior hay que agregar las lenguas de Chiapas que caminaron selva adentro: tzeltal, tzotzil, tojolabal, chol, zoque, kanjobal, chuj y mame por citar las más representativas" (Leyva y Ascensio, 1996. 95)²³.

²¹ En nuestra primera visita a este pueblo no logramos que se nos abriera ninguna puerta ni que nadie nos dirigiera la palabra a pesar de estar siendo observados permanentemente.

²² A pesar de esto, Marie-Odile Marion al contar la historia de Na'k'in, una lacandona de Chenseyab que había contraído matrimonio con *dzul*, con un blanco, pone de manifiesto como el resto del grupo la consideraba muerta tanto a ella como a su marido por contravenir las normas de asentamiento al irse a vivir a casa de su marido: "aunque sabían de su existencia en Palenque habían, desde hacía mucho, borrado a Na'k'in y a sus hijos de sus registros. Por una lógica de filiación, que seguía siendo profundamente suya, los hijos de un *dzul* no podían ser sino *dzules* ellos mismos" (Marion, 1997.27).

²³ Como ejemplo de esta nueva identidad compleja que está surgiendo en la Selva Lacandona podemos citar el caso de D. Carlos en cuya vivienda estuvimos viviendo durante nuestro trabajo de campo en El Limonar (Ocosingo, Chis). Tzotzil procedente de las montañas del norte, fue elegido por su comunidad católica como diácono. Sin embargo,

Sin embargo, estos lacandones cubiertos con amplias túnicas blancas y largas melenas negras²⁴, poco tienen que ver con los que se enfrentara Alonso Dávila. Cuando nos referimos a los actuales lacandones hay que partir de la consideración de que éstos, en realidad, no lo son: han usurpado el nombre ya que son indios Caribes. Aunque primigeniamente el apelativo "Caribe" fuese aplicado solamente para los indios que vivían en Guatemala junto a dicho mar -payas, jicaques, sumos y mosquitos-, durante el siglo XVII se generalizó el término para referirse a cualquier indio insumiso a la corona que habitase en Guatemala²⁵. Para hallar referencia históricas de estos lacandones hay que acudir a lo que las crónicas llaman "indios del Próspero" o "indios de Noh-há" y cuyas costumbres y hábitos eran muy diferentes de los de los lacandones. Es más, a lo largo de todo el siglo XVII hubo un continuo flujo de gentes de Campeche, Yucatán y Tabasco hacia el interior de la selva Lacandona para huir de la presión colonizadora. Estos grupos, culturalmente diferentes entre sí, se iban mezclando paulatinamente con los que hallaban en el interior de la misma configurando una comunidad de resistencia -conocida como de "las Montañas"- caracterizada por una gran síntesis cultural, política y religiosa. Como consecuencia de estos intercambios culturales han surgido los actuales lacandones que, posiblemente, son los descendientes de un conjunto de comunidades cuyo origen étnico y cultural habría que vincular con el Petén (fuera de Chiapas, por tanto) y que, posiblemente, mantenían fuertes relaciones culturales e, incluso, de parentesco con los caribes²⁶. No parece haber duda, sin embargo, de que los legendarios lacandones fueron aniquilados con el decurso del tiempo.

Gracias a la investigación acerca de un fraude doctrinero que llevó a cabo en 1769 el contador real de Guatemala se ha podido conocer el destino definitivo de los lacandones. Aunque el pueblo de los Dolores del Lacandón había dejado de ser misión, los frailes mercedarios que lo administraban estuvieron durante numerosos años firmando como misio-

.../...
todos los catequistas, así como la mayor parte de la feligresía, son tzeltales por lo que D. Carlos comenzó a estudiar tzeltal a través de los textos bíblicos. A estas lenguas habría que añadir que ya conocía el chol (su mujer es miembro de dicha etnia) y "la castía" (término con el que los indios chiapanecos se suelen referir al español posiblemente por derivación de Castilla). Hoy día, cuando se interroga a sus hijos acerca de su identidad, no manifiestan ninguna duda: tzeltales.

²⁴ Cortarse el pelo o pintarse los labios, cosa que algunos lacandones hacen en nuestros días, "representa el principio de un proceso de adecuación a los modales y costumbres occidentales" (Marión, 1997.39n)

²⁵ La voz "Caribe" equivaldría a las de "caruba", "caribij" o "caribata" que utilizara Colón para referirse a las naciones guerreras de taínos de Haití, por lo que el nombre se extendió como sinónimo de belicoso aplicado a cualquier grupo que opusiera resistencia.

²⁶ Seguimos aquí a De Vos (1996. 244ss.)

neros y reclamando de la administración las remuneraciones correspondientes, a la vez que sostenían un sistema de curato. Sin embargo, abierta una investigación al respecto se descubrió el fraude²⁷: "una visita en el terreno mismo sacó a luz no sólo el fraude cometido por los frailes mercedarios desde hace muchos años, sino también la triste verdad sobre el etnocidio silencioso que había sufrido la pequeña comunidad lacandona durante el último medio siglo. Los jueces visitadores llegaron todavía a tiempo para ver a los tres últimos sobrevivientes de la nación lacandona: dos indios viejos llamados Marcos Visip y Esteban Canaguet, y una india vieja llamada María Isabel, de la cual nadie se tomó el trabajo de anotar su apellido indígena"(De Vos, 1996. 211).

A pesar de estas evidencias, se siguen manteniendo acerca de los actuales lacandones un conjunto de creencias que tienen más carácter mítico que científico. Tales creencias resultan, en la práctica difíciles de eliminar ya que existe un interés político manifiesto en mantenerlas. Prueba de ello sería que el gobierno mexicano²⁸ confirmó por decreto la propiedad que los 350 lacandones existentes ahora en la selva mantienen sobre 614.000 hectáreas de la misma, so pretexto de que en ella han vivido desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, solamente los indios que vivieron en su día en Lacam-Tun y Sac-Bahlán, poblaciones hoy día desaparecidas, como sus moradores, pueden ser llamados con propiedad lacandones. Los actuales moradores de pueblos como Lacanjá Chenseyab, Najá y Metzabok son mayas-yucatecos que han ido llegando en los últimos siglos desde Yucatán y Campeche.

²⁷ Según el parecer del contador real de Guatemala, a 17-VI-1769 y 7-VII-1769, "el decantado pueblo de los Dolores Lacandón no contiene tributarios algunos. Jamás se han matriculado sus naturales, ni se ha declarado la tasación que deba arreglarse su tributo. Y aunque este religioso se intitula cura doctrinero del mismo pueblo, ni lo es ni puede percibir salario, como que carece de título real y colación canónica y no justifica su residencia: requisitos todos que piden las leyes para la percepción del sínode. Y sobre todo: o existe este pueblo de los Dolores o se ha extinguido, como es presumible y se persuade el contador; si esto segundo, ya se ve cuan injusta es la petición.."(citado por De Vos, 1996. 391n).

²⁸ Resolución presidencial de 26/XI/1971, publicada en el diario Oficial el 6/III/1972.

REFERENCIAS

- CANO, A. (1700): *Relación de la reducción y conversión de los indios Choles, Mopanes, Lacandones e Itzáes.* Conocemos esta obra gracias a la copia libre que de la misma hizo F. Ximénez en su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* (Libros V y VI).
- CALNEK, E. (1970): *Los pueblos indígenas de las tierras altas*, en McQuown y Pitt-Rivers (Eds.) (1970). Págs. 105-133.
- CORTÉS, H. (1986): *Cartas de Relación*, ed. Inst. Gallach-Grupo Ed. Océano, Barcelona.
- DE LA TORRE, T. (1565): *Historia de la Venida de los Religiosos a la Provincia de Chiapa.* Conocemos esta obra gracias a que es copiada literalmente, aunque de forma parcial por F. Ximénez en su *Historia de la provincia de Chiapa y Guatemala* (Libro II, capítulos 24-72)
- DE VOS, J.(1996): *La paz de Dios y del rey. La conquista de la Selva Lacandona* (1525-1821), ed. F.C.E.-S.E.C. Chiapas. México. 3^a Reimp.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.(1959): *Historia General y Natural de las Indias , Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* B.A.C. Madrid. (5 vols.). Estudio preliminar y edición de J. Pérez de Tudela y Bueso.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.: *Florilegio histórico de las Indias*, Edición de Gómez- Tabanera (1992).
- GÓMEZ-TABANERA, J.M. (1992): *Gonzalo Fernández de Oviedo: Florilegio histórico de las Indias.* Grupo Editorial Asturiano (GEA). Oviedo.
- GONZÁLEZ DÁVILA, G. (1646): *Teatro eclesiástico de la S. Iglesia Apostólica de Ávila y vidas de sus hombres ilustres.* Edición Facsimil a cargo de Ruiz Ayucar, E. (1981).
- LEACH, E.R. (1971): *Replanteamiento de la antropología*, ed. Seix Barral. Barcelona.1971.
- LEYVA, X. y ASCENCIO, G. (1996): *Lacandonia al filo del agua.* Ed. CIE-SAS-UAM (CIHMECH)-UNICACH-Gobierno del Estado de Chiapas y F.C.E. México.
- LÓPEZ DE COGOLLUDO, D.(1688): *Historia de Yucatán.* No existen ediciones actuales de esta obra. La más moderna está fechada en Mérida en 1868 (Imprenta de Manuel Rivas).

- MARION, M.O. (1997): *Entre anhelos y recuerdos*, ed. Plaza y Valdés- UNI-CACH. México.
- McQUOWN, N. y PITT-RIVERS, J.(eds.): (1970) *Ensayos de Antropología en la Zona Central de Chiapas*, ed. INI, nº VIII. México.
- REMESAL, A. (1966): *Historia General de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. El original de esta obra es de 1620. La misma aparece recogida en dos tomos en esta colección de la B.A.E. (175 y 189). El primero de los tomos, 175, apareció en 1964. En la referencia damos la fecha del segundo tomo, 1966, por ser en éste en el que se encuentra lo relativo a la expedición de 1559.
- RUIZ AYÚCAR, E.(1981): *Gil González Dávila: Teatro eclesiástico de la S. Iglesia Apostólica de Ávila y vidas de sus hombres ilustres*. Ed. Facsimil. Caja de Ahorros y M.P. de Ávila. Ávila.
- XIMÉNEZ, F. (1720): *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. La Biblioteca "Goathemala" publicó en Guatemala esta monumental obra en seis volúmenes durante un largo lapso de tiempo: 1929, 1930, 1931, 1971, 1971 y 1973.